

goce «no todo fálico» (6). El barroco da cabida a un acceso directo al descentramiento subjetivo del mundo femenino que Lacan llamó el goce del «no toda fálica» del ser mujer. Pero el hombre también encuentra cierta forma de acceso, esta vez indirecto, a ese goce, ya que ese goce no está ausente en lo que él busca en la mujer. Lo alcanza ya sea identificándose con ella, o bien a través del masoquismo moral, forma atenuada de feminidad, como bien lo señala Jorge Alemán en su último libro, *Lacan en la razón posmoderna* (7). Para terminar esta incursión en el espacio barroco, señalemos que la tendencia hacia el infinito presenta un punto de convergencia espacial que curiosamente no disuelve la subjetividad sino que todo lo contrario, la centra en base al artificio que ofrece la convergencia de una carencia. Esa convergencia estaría asegurada por el objeto «a», que de este modo se transformaría en su «razón», a una de las acepciones posibles de esta palabra tan filosófica.

Otros desbordes

El psicoanálisis progresivamente se desentiende de la crítica posmoderna de ser el agente activo de una tiranía fono-logocentrista, es decir, de ser motor del abuso de un determinismo signifiante en la constitución de la subjetividad, y empieza poco a poco a devolver, desde su cuerpo conceptual, los golpes, es decir, sus «razones», siempre mal vestidas por cierto, tal vez como resultado de la contaminación con el objeto real con el que trabaja. Los últimos desarrollos de Lacan advirtieron de esa tendencia y ahí está todo su trabajo sobre la escritura y lo real para así testimoniarlo. La letra no es el signifiante y la pulsión y el goce culminan en Lacan revelándose contra el dominio del signifiante en el núcleo de la subjetividad. Pero el psicoanálisis desconfía del lugar de enunciación desde el cual la posmodernidad formula su crítica. Eminentemente clínica, la reflexión psicoanalítica sobre el pensamiento en su trato con el objeto «a», observa cierta actitud de evitamiento fóbico que evidencia la posmodernidad para pensar el «centro», capaz de decretar su abolición antes de haber reconocido su carácter de agujero y el borde que lo asegura, sin perder por ello su capacidad de centramiento de la subjetividad. Tal es su anhelo superador de cualquier centro –aspiración no sólo inviable, dado el lugar de mutua demarcación que establecen lo real y lo simbólico, sino también generadora de una arriesgada coartada para una recusación de la «ex-sistencia» del sujeto, ya que tiene que haber un margen desde el cual lo «ex» pueda ser señalado– que no atina a admitir su dependencia metafórica, y cuando

Derrida lanza la consigna de «retirar la metáfora», ¿no es éste acaso un acto que lo desmiente, ya que vuelve a instalarla en el mismo momento en que propone su jubilación anticipada?

Ciñéndonos a la consideración de una anatomía teórica del descentramiento, no sería posible incluir en una hipotética historia del descentramiento de la subjetividad al psicoanálisis junto con la posmodernidad. En primer lugar, y es mi toma de posición, porque la posmodernidad representa un *semblant* del descentramiento subjetivo, una apariencia de descentramiento, el cual es más un recurso retórico para poder seguir pensando la filosofía luego de que Heidegger decretara su muerte (7), que una apuesta filosófica para deconstruir la metafísica como hiciera el filósofo de Heidelberg. En segundo lugar porque la posmodernidad en su crítica al logocentrismo psicoanalítico no podría rebasar cronológicamente los conceptos de Freud posteriores a 1919, fecha de su trabajo sobre *Lo siniestro*, o 1921, fecha del *Más allá del principio del placer*. La repetición y la pulsión de muerte ponen sobre la mesa ya no el estatuto del significante sino las consecuencias subjetivas del goce pulsional del que son objeto. Es posible por lo tanto hablar de una «forclusión del goce» en el que incurren los pensadores posmodernos, al no poder reflexionar sobre su propio compromiso con la dimensión gozante de cualquier pensamiento o filosofía del sujeto, y más fundamentalmente al no poder vincular el lenguaje con la pulsión, objeto de goce mediante el cual la pulsión puede encontrar una satisfacción en la misma repetición significativa. Ese goce viene tanto más asegurado al pensamiento si cuenta con la liberación de un sistema de representación teórico sobre el sujeto, como aspiran alcanzar los posmodernos en sus escritos. Por otra parte el abuso logocentrista del psicoanálisis en un momento de su historia conceptual, tuvo un mérito indiscutible: descubrir el propio agujero del logocentrismo. El chiste, el sueño, el *lapsus*, efectos de la vida psíquica frente a los cuales la filosofía siempre se detuvo, una vez analizados a la luz de la gramática inconsciente iluminan el borde de un agujero negro que de otro modo no se hubiera descubierto: lo real del goce. La posmodernidad se agujerea a sí misma sin poder señalar el agujero del goce que bordea el significante, y no trasciende la acción de una crítica descentrada a los sistemas de representación del sujeto. Habría que hacer aquí la salvedad del reconocimiento sustitutorio de un centralismo en última instancia de un Richard Rorty, puesto en un HACER, sobre el cual el sujeto debe centrar su vida (8). A pesar de los procedimientos de lectura textual que preconiza un Derrida, por ejemplo, no puede hacer de ello su centro, sin que ello no signifique su «deconstrucción» inmediata. El psicoanálisis, en cambio, no dio marcha atrás una vez que se

instaló en el corazón del descentramiento subjetivo. Primero fue el inconsciente y luego, –una vez que su recurso hermenéutico se agotara ante las resistencias terapéuticas negativas y la pulsión de muerte–, lo real. Debíó entonces incorporar esas limitaciones que le imponía la consistencia de ese real subyacente a las inscripciones significantes, por donde la letra se hace antes marca para el goce pulsional, que exclusivo elemento simbólico de la red del discurso del Otro. Se establece de este modo una clara frontera para el arraigo hermenéutico de la interpretación renacentista del psicoanalista. El psicoanálisis cuenta con este abismo litoral-literal del significante, donde aparece otro vacío, distinto al que procuraba el saber del inconsciente en una subjetividad de la razón y la conciencia. Es un vacío de saber y no un saber Otro. Para este vacío a la segunda potencia, émulo del descentramiento kepleriano *versus* el descentramiento copernicano, contamos con una letra inventada por Lacan y que permite nombrar su razón, es decir aquello que lo gobierna: el objeto «a».

El descentramiento orbital del espacio cosmológico barroco se pudo pensar en la medida en que se partía de un centro. Por eso el pensamiento posmoderno opera un descentramiento fallido de la subjetividad, ya que transita a la deriva entre un texto y otro, y sobrevive de lo que Alain Badiou denomina las «suturas de la filosofía» (9), esas ataduras que periódicamente contrae la filosofía con otros campos del conocimiento, pero que le implican cada vez perder algo de su autonomía discursiva. El psicoanálisis fue una de las principales suturas para la posmodernidad.

El saber del inconsciente y la razón que lo mantiene

Postulemos como razón psicoanalítica aquello que sin poder ser dicho ni señalado más que como lo real que comienza en el borde literal del significante, es el sostén de la red significante y por lo tanto aquello que sostiene la representación del sujeto y de su mundo. Entonces digamos que si el psicoanálisis encuentra su razón en un descentramiento singular de la subjetividad respecto de esos otros dos descentramientos mencionados, se demuestra capaz de mantener para ese descentramiento subjetivo una razón cuyo descubrimiento constituye por sí mismo otra epistemología: una epistemología negativa. Munido de esta epistemología negativa el psicoanálisis ha dado nombre primero al no saber del sujeto cartesiano, y luego al no saber del significante de lo real de la pulsión. Este real de la pulsión es la razón psicoanalítica: allí donde el posmodernismo a través de las operaciones deconstructivas disuelve las subjetividades en singularidades inconcilia-

bles con la razón, el psicoanálisis inventa la escritura de esa razón: el objeto «a»: límite que la pulsión impone al sentido (ibid. 7), y es causa del deambular metonímico del deseo. Con el advenimiento de Lacan el discurso psicoanalítico encuentra una razón de las derivas de la razón, inventando la escritura de lo imposible de conocer, una escritura de lo real. Sin embargo todavía hoy el psicoanálisis es en parte justo objeto de la crítica posmoderna. Todavía en su caminar actual el psicoanálisis atraviesa jardines borgianos con senderos que se bifurcan. Una de esas bifurcaciones, y tal vez la principal, porque hay otras que la siguen, se representa en la divergente manera de entender la clínica y su relación con el significante, es decir el inconsciente. De ello se continúa en consecuencia una diferente posición transferencial del analista frente a su analizante, que culmina en su forma de intervención, correlativa a su vez del dominio en el que la clínica ha recortado su espacio en relación a la dimensión significante. La intervención psicoanalítica puede equivocadamente polarizarse siguiendo entonces uno de esos senderos como elección alternativa, tomando el camino, que esbozamos más arriba, de la interpretación semántica o renacentista, o tomando el camino de la intervención barroca, es decir el del acto, con el cual para el analista se presentifica lo real, el objeto «a». En psicoanálisis se requiere trabajar con ambas dimensiones. Al último sendero mentado el psicoanalista ha sido conducido por la clínica de lo real, término con el que propuse en 1991 entender el dominio recortado en la clínica psicoanalítica por la psicosis, el fenómeno psicossomático, la angustia, el pasaje al acto, ciertas toxicomanías, etc., y a la que algunos autores se refieren como patologías de borde, patologías del objeto «a» o formaciones del «a», para separarlas de los síntomas asentados sobre el inconsciente reprimido, verdaderas expresiones clasicistas del psicoanálisis: las fobias, las conversiones y las obsesiones, pasando por el fetichismo, por supuesto. El alcance de lo que siguiendo el empuje inicial proporcionado por Le Gaufey (10) puede tener el denominar «razón psicoanalítica» a la gobernabilidad por el objeto «a» del intervalo significante, puede ser fundamental para esta revisión de la clínica psicoanalítica. Conciliar la presencia del objeto «a» en el inconsciente junto con el significante permite el ingreso en la dimensión de la cura analítica de una patología que, se la llame como se la llamarse, antes se quedaba en el umbral del psicoanálisis. Esta «razón» del psicoanálisis por lo tanto, cuestiona desde ese discurso del Otro que es el inconsciente, a la razón lógica, y desde lo real de la pulsión y el objeto «a», a la «razón» posmoderna del descentramiento, una razón que de ser tal, ex-siste al significante, al objeto «a», y se ampara en una escritura que ignora su goce, es decir su costado pulsional.